

der su alma por una india. Gonzalo replicó que había unido su suerte á esta india, que habían procreado tres hijos y que tenía obligación de permanecer en el seno de su familia. Aguilar se ablandó entonces, y le dijo que si tanto quería á su mujer é hijos, podía llevarlos consigo. Pero todas sus instancias fueron inútiles; Guerrero amaba mucho su hogar, y no quiso trocar su calidad de príncipe maya por la de un oscuro aventurero que va todavía en busca de la fortuna. La esposa de éste se presentó repentinamente en la pieza donde tenía lugar esta entrevista, y adivinando el asunto de que se trataba, llenó de improperios al que creía todavía esclavo de May y le echó de su casa.

Aguilar salió desesperado de Chetemal y corrió al Cabo Catoche. Pero su deseo de llevarse consigo á Guerrero le había hecho perder mucho tiempo, y los navíos de que hablaba la carta habían desaparecido. ¡Cómo debió haberse oprimido con este golpe el corazón del pobre cautivo! ¡Cuánto debió haber acusado á la fortuna, que no parecía cansada de perseguirle!

Pero sus padecimientos debían tener pronto un término feliz, porque poco tiempo después supo que los españoles habían vuelto á Cozumel. Corrió entonces á la costa, fletó una conoa de seis remos con las cuentas de vidrio que le quedaban, y se hizo conducir á la isla.

CAPÍTULO III

1517

Origen de la primera expedición al continente septentrional.—Sale de Cuba, á las órdenes de Francisco Hernández de Córdova.—Descubrimiento de la Península.—Los mayas hostilizan cruelmente á los españoles en Cabo Catoche y Champotón.—Dase al país descubierto el nombre de Yucatán.—Etimología de esta palabra.

Por los años 1516 y 1517 andaban ociosos por la isla de Cuba muchos de esos aventureros españoles que comenzaban á abandonar á centenares la madre patria para buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Aunque la sujeción y la colonización de la isla se había verificado en 1511, su gobernador; Diego Velázquez, no tenía ya indios que *repartir* (1) entre los pretendientes, venidos de España y del Darién, que los solicitaban. En Española, primer punto de América en que desembarcaban los que venían de Europa, la población indígena se había disminuído tan considerablemente, gracias á la dureza con que fué tratada por sus dominadores, que á los quince años de descubierta se había reducido á la vigésima parte (2). Esto mismo sucedía, poco más ó menos, en el Darién, y había allí tan poca ocupación para los colonos, que la mayor parte había sido

(1) Más adelante explicaremos la naturaleza de estos repartimientos, á que se dió el nombre de *encomiendas*.

(2) ROBERTSON, *Historia de América*, libro III.

licenciada por el gobernador Pedro Arias de Avila, el verdugo de Vasco Núñez de Balboa.

Todos estos aventureros reunidos en Cuba envidiaban á sus compatriotas que vivían regaladamente en sus encomiendas, y se desesperaban de haber llegado demasiado tarde á la isla. Pero como la necesidad es la madre de la industria, un centenar de esos hijos desheredados de la fortuna se reunió á deliberar y, después de haber elegido por jefe á un hidalgo llamado Francisco Hernández de Córdova, acordaron lanzarse á la mar en busca de nuevas tierras que diesen ocupación á su ociosidad. Los gastos de la expedición debían hacerse á prorrata entre los mismos que la meditaban; porque la corte de España, que siempre había sido mezquina para esta clase de empresas (3), estaba muy lejos, y además ninguno de los expedicionarios, á pesar de su pretendida hidalguía (4), tenía influencia en ella. Acordaron, no obstante, recurrir al gobernador, así para pedirle la autorización de que necesitaban, como para invitarle á que contribuyese á los gastos de la empresa. Diego Velázquez, que también tenía sed de conquistas, concedió al punto la licencia y ofreció contribuir con un buque, siempre que los expedicionarios pasaran á las *Guanajas* á coger indios para traer á Cuba, donde hacían falta para el cultivo de la tierra. Parece que los solicitantes se negaron á aceptar esta condición criminal, alegando que ni Dios ni el rey podían aprobar que fuesen reducidos á esclavitud hombres que habían nacido libres. No obstante,

(3) Cristóbal Colón, cuyos grandes servicios no podrán ponerse en duda, luchó toda su vida contra esta mezquindad y murió poco menos que en la miseria. Los que en adelante emprendieron descubrimientos y conquistas, hicieron casi siempre de su bolsillo todos ó la mayor parte de los gastos. Las más importantes de estas empresas, la de Cortés y la de Pizarro, no costaron un óbolo á la Corona de España.

(4) BERNAL DÍAZ, que fué uno de los miembros de la Junta y más adelante de la expedición, los llama á todos *hidalgos* y *personas de calidad* (obra citada, capítulo I).

como se mostraban tan entusiasmados con su empresa y confiaban mucho en las utilidades que pensaban sacar de ella, el gobernador consintió al fin en dar el barco y retiró la condición (5).

Alentado Córdova y sus compañeros con esta concesión, compraron otras dos naves, y hechas todas las provisiones de boca y de guerra (6) que creyeron necesitar para su empresa, oyeron misa, se encomendaron á Dios y se hicieron á la vela en el puerto de *Jaruco* el día 8 de febrero de 1517. La flota, además del capitán, llevaba cinco personajes importantes: los tres pilotos, Antón de Alaminos, Camacho de Triana y Juan Alvarez *el Manquillo*; un clérigo llamado Alonso González, que no debía tener mucha vocación de misionero, pues, según Bernal Díaz, le ganaron con buenas palabras y ofrecimientos, y por último, un individuo nombrado Bernardino Iñiguez, á quien los expedicionarios eligieron veedor por S. M., á fin de que hubiese quien cobrara el real quinto de las perlas, oro ó plata que podrían encontrar en las tierras que iban á descubrir.

(5) Tal es la explicación que BERNAL DÍAZ da del origen de esta expedición. COGOLLUDO la acepta; pero PRESCOTT, apoyado en OVIEDO y otras autoridades, refiere el suceso de muy distinta manera. Dice que Velázquez mandó expresamente á Córdova y sus compañeros á buscar indios á las *Lucayas*; pero que extraviadas las naves de su rumbo, á causa de los vientos y las corrientes, al cabo de tres semanas descubrieron los viajeros á Yucatán. Nuestros lectores sabrán escoger entre estas dos versiones la que les parezca más verosímil. LANDA se inclina á la última, aunque también refiere como posible la primera.

(6) Copiamos á continuación un pasaje de BERNAL DÍAZ (obra citada, capítulo I), que dará á nuestros lectores una noticia de estas provisiones y una idea de las privaciones á que entonces estaban sujetos los aventureros en el Nuevo Mundo. «Y desde nos vimos con tres navíos y matalotaje de pan cazabe, que se hace de unas raíces que llaman *yuca*, y compramos puercos que nos costaban en aquel tiempo á tres pesos, porque en aquella sazón no había en la isla de Cuba vacas ni carneros, y con otros pobres mantenimientos y con rescate de unas cuentas que entre todos los soldados compramos..... recogimos los marineros que hubimos menester y el mejor aparejo que pudimos de cables y maromas y anclas y pipas de aguas, y todas otras cosas convenientes para seguir nuestro viaje, y todo esto á nuestra costa y misión.»

A los doce días de su salida, la flota dobló el cabo de San Antón, y entonces el piloto Alaminos gobernó á la buena de Dios hacia el Occidente, sin saber lo que podría encontrar por aquel rumbo ni conocer el mar á que se arrojaba. Poco después sobrevino una tormenta, que las naves pudieron resistir, acaso porque sólo duró dos días, y el 3 de marzo descubrieron un país de que ninguno de los viajeros tenía noticia. A dos leguas de la costa vieron una población con tantas casas blancas y de tal extensión, que por no haber visto todavía ciudad de tal importancia en toda la América, le dieron el nombre de *Gran Cairo* (7).

A la mañana siguiente, cuando ya los españoles se disponían á desembarcar para visitar la tierra, vieron venir cinco grandes canoas, que se acercaban sin temor á sus naves. Subieron á la capitana, por invitación de Córdova, treinta de ellos, y causaron á bordo la misma impresión favorable que sus compatriotas habían hecho quince años antes en Colón. El jefe de la expedición los obsequió con una comida mixta entre americana y europea (8), y les regaló algunas de esas cuentas de vidrio que los indios durante la conquista cambiaban por puñados de oro. Como los extranjeros no traían intérpretes, la entrevista fué infructuosa. No obstante, el jefe de los indios dió á entender por señas que al siguiente día vendría con mayor número de canoas, para que pudiesen desembarcar sus huéspedes.

El cacique—tal por lo menos es el nombre que le dan

(7) BERNAL DÍAZ, *ubi supra*, capítulo II.—COGOLLUDO, obra citada, libro I, capítulo I.—Este pueblo, á que se dió un nombre tan pretencioso, ¿sería la isla de las Mujeres? Hay varias razones para creerlo así, aunque BERNAL DÍAZ, que era de la expedición, según hemos advertido, no lo dice.—LANDA (obra citada, § III) pretende que Hernández de Córdova bajó á la isla, y que á la vista de muchas estatuas de piedra de mujeres casi desnudas, que probablemente representaban á Xchel, á Xchebelyah y á otras diosas de la mitología maya, le dió el nombre de *isla de las Mujeres*, con que es conocida hasta el día.

(8) La comida se compuso de pan de cazabe y carne de cerdo, según BERNAL DÍAZ.

Bernal Díaz y Cogolludo—fué fiel á su promesa, y al día siguiente se presentó con doce canoas, movidas por considerable número de remeros. Pasó á la capitana, y señalando la costa con la mano, les dijo: *conex otoch*, palabras que en el idioma yucateco quieren decir: *venid con nosotros ó venid á nuestras casas*. Los españoles creyeron que aquel era el nombre de la tierra, y corrompiendo la frase del cacique, llamaron *Catoche* á la punta ó cabo que tenían delante de los ojos, y tal es el nombre que conserva hasta ahora (9).

Conocido al fin lo que el cacique deseaba por las señas que hacía, los españoles arrojaron al agua sus lanchas, y en éstas, en la más pequeña de sus naves y en las doce canoas, bajaron á tierra, armados con quince ballestas y diez escopetas. El jefe indio les señaló unos edificios de piedra que se veían á cierta distancia, y por los ademanes que hacía entendieron que los invitaba á seguirle. Los españoles, creyendo que los mayas serían tan débiles como los demás indios que habían conocido hasta entonces, siguieron á su huésped, pasando entre una multitud de curiosos que había atraído á la playa su venida.

No habían llegado á los edificios, cuando el cacique dió voces, y los extranjeros se vieron repentinamente rodeados de una turba de guerreros indios, que al primer disparo de sus flechas les hirieron quince. Acto continuo empuñaron sus lanzas y sus espadas, y se arrojaron sobre los castellanos con tanto denuedo y brío, que se juntaron *pie con pie* con sus enemigos, según la expresión de Bernal Díaz. Si los de Córdova no hubieran tenido mas que sus espadas y ballestas, mal lo habrían pasado en aquel primer encuentro con los yucatecos; pero éstos, luego que oyeron la detonación de las escopetas y advirtieron el estrago que

(9) CASTILLO y COGOLLUDO, lugares citados.—Ambos historiadores escriben incorrectamente la frase maya que hemos subrayado.

causaban, huyeron, más bien sorprendidos que derrotados, dejando en poder de sus contrarios dos prisioneros, que luego fueron llamados Julián y Melchor.

Durante la escaramuza, el padre González se adelantó á los edificios, que no eran otra cosa que adoratorios, y recogió algunos ídolos pequeños y varias piezas de oro, que encontró allí, para llevarse á Cuba. Sus compatriotas no tardaron en seguirle, y aunque la superstición les hizo ver en los ídolos caras de demonios, y algo peor, admiraron las construcciones de piedra, primeras que veían en el Nuevo Mundo, como habían admirado el valor de los naturales, la fortaleza de sus armas y la riqueza de sus trajes. Todo esto les hizo creer que habían descubierto un país de grande importancia, y deseosos de reconocerle, se volvieron á sus naves para costearle hasta donde pudiesen.

Antón de Alaminos siguió gobernando hacia el Occidente, sin perder de vista la costa. Al cabo de quince días, esto es, el 20 de marzo, descubrieron los viajeros una gran población, y cerca de ella unos pozos, en que advirtieron que los indios tomaban agua y la bebían. El agua andaba muy escasa en la flota, porque las pipas en que venía eran de mala calidad y se salía por las junturas que iba abriendo el rigor del clima. Además, la gente había bebido sin tasa, con la esperanza de que no tardarían en hallar algún río ó arroyo que desembocase en el mar, para rellenar sus envases. Pero desvanecidas sus esperanzas, acordaron ir á los pozos, y se metieron en las tres lanchas y en la nave más pequeña todos los que pudieron caber, porque la experiencia les había enseñado cuán belicosa era la gente del país. Llenaron sus pipas, y se disponían ya á reembarcarse, cuando se presentaron cincuenta indios, cubiertos con sus mantas de algodón, quienes, señalando al Oriente, pronunciaban repetidas veces la palabra *castilán* (10). Los castellanos cre-

(10) Todos los historiadores que han tratado de la expedición de Córdoba,

yeron oír pronunciar el nombre de su patria y entendieron que se les preguntaba si venían del Oriente. Ellos á su vez quisieron saber el nombre del país, y los naturales respondieron que se llamaba *Campech* ó *Kinpech*. Los españoles oyeron mal, como siempre, y le llamaron Campeche, no obstante que antes le habían dado el nombre de *San Lázaro*, por ser aquel día el domingo de Cuaresma que el rito católico llama de Lázaro.

Terminada esta conferencia, en que debió de haber intervenido más de una equivocación por falta de intérpretes, los indios invitaron á los españoles á pasar á la población inmediata. Aceptaron éstos, y contemplaron con admiración los grandes templos del pueblo, adornados con varias figuras de animales esculpidos en piedra, y especialmente con la gran serpiente, imagen de *Kukulcán* (11). Alrededor de una especie de altar había manchas frescas de sangre, lo que hizo suponer á los viajeros que acababa de verificarse allí algún sacrificio. Este era sin duda parte de una ceremonia religiosa, que en seguida presenciaron, porque no tardaron en aparecer varios esclavos cargados con haces de leña, que arrojaron á la plaza, y dos escuadrones de guerreros, armados á la usanza del país. Presentáronse diez sacerdotes, que sahumaron á los españoles

están conformes en asegurar que los indios de Campeche y Champotón pronunciaron esta palabra tal cual la hemos escrito. Los españoles creyeron que les preguntaban si eran de Castilla, y con razón se admiraron entonces de oír el nombre de su patria en un país que aun estaban descubriendo. Pero esta admiración debió haber cesado dos años después, cuando se supo que Aguilar y Guerrero habían residido varios años en Yucatán. Parece muy natural que éstos hubiesen dicho que eran de Castilla, cuya palabra grabaron los naturales en su memoria, por lo mismo que se trataba de hombres de una raza tan distinta de la suya. De paso advertiremos que los indios—los de ahora, por lo menos—no dicen *castilán*, sino *castrán*, cuyo nombre aplican á todo lo que es de procedencia española ó europea. Así llaman *castrán than* al idioma castellano, *castrán uah* al pan de trigo, etc.

(11) Véase el capítulo X del libro I.

con el copal que hacían arder en unos braseros de barro, y se metieron en uno de los templos, después de haber mandado prender fuego á la leña. Luego que ésta comenzó á arder, dejóse oír una música salvaje, compuesta de trompetas y *tunkules*, á la cual no tardaron en mezclarse los gritos y destempladas voces de los guerreros. Los españoles, á quienes los sacerdotes habían indicado con sus gestos que se retiraran, acabaron de resolverse con este aparato helicoso y corrieron, llenos de temor, á sus bateles.

Siguió la flota su rumbo hacia el Occidente, y á los seis días de navegación sobrevino uno de esos *nortes* que son tan frecuentes en el golfo, y que puso en grave riesgo á los expedicionarios. Tuvieron la fortuna de que sólo durase cuatro días, al cabo de los cuales dieron vista á una ensenada y á un gran pueblo. La necesidad de agua los obligó otra vez á desembarcar, lo que verificaron todos, con excepción de quince marineros que se quedaron al cuidado de las dos naves mayores. Encontraron unos pozos, con cuya agua comenzaron á llenar sus vasijas; pero no habían tenido tiempo de embarcarlas, cuando se vieron cercados por numerosos escuadrones de indios que, como los de Campeche, señalaban al Este y pronunciaban la palabra *castilán*. Comenzaba á entrar la noche, y los españoles creyeron más prudente pasarla en tierra que volver á embarcarse con la oscuridad. Pusieron centinelas, y en vano intentaron conciliar el sueño, porque á cada instante se sentía ruido de nueva gente que llegaba al campamento indígena. Celebróse una especie de consejo, y aunque hubo quien opinase por el reembarque inmediato, se acordó esperar el día, confiando en la clemencia del cielo.

A la mañana siguiente, los españoles se llenaron de pavor, viendo la gran muchedumbre de indios que los tenía cercados. Dióse principio al combate con la acostumbrada lluvia de flechas; pero los guerreros aborígenes no se contentaron con esto, sino que, como los de Catoche, al cabo

de poco tiempo se arrojaron sobre sus contrarios, armados de lanzas y espadas que manejaban á dos manos. Los castellanos se vieron en gravísimo aprieto, y á pesar de su denuedo y de la superioridad de sus armas, los yucatecos, en vez de ceder, se aumentaban, y se les veía ponerse en cuclillas tranquilamente en el campo de batalla, para comer los alimentos que niños y mujeres les traían de la población inmediata. El suelo comenzaba á sembrarse de cadáveres, y aunque los españoles no perdían tiempo, porque mientras unos cargaban las armas los otros las disparaban, su número se disminuía más á cada instante, y los que aun se sostenían en pie estaban cubiertos de heridas.

En trance tan amargo, Córdova mandó romper el cerco del lado de la mar, y aunque consiguió su objeto, los yucatecos persiguieron á su gente, azuzándose mutuamente con sus gritos, entre los cuales se oía el de «*al Halach uinic*», que quiere decir: al jefe ó capitán. Los fugitivos se arrojaron con tal desorden á sus lanchas, que éstas zozobraron con el peso y algunos sólo pudieron salvarse nadando, asidos con una mano á los bordes. Los indios, animados con su victoria, se metieron en sus canoas y continuaron el combate en el mar. Felizmente para sus adversarios, una de las naves, que se había quedado á distancia, se aproximó á la costa y pudo recogerlos á tiempo.

El lugar donde se verificó esta memorable acción era llamado por los naturales *Potonchán*; los españoles le pusieron el nombre de *Bahía de la mala pelea*, y hoy se llama *Champotón*.

Recogidos los castellanos á sus naves, conocieron todo el horror de su situación. Faltaban cincuenta y siete de sus compañeros, de los cuales cincuenta habían sucumbido en el campo de batalla, cinco que murieron de allí á poco, porque el agua del mar enconó sus heridas, y dos, finalmente, que los indios cogieron vivos, y que probablemente inmolaron luego en el altar de los sacrificios. El resto de

los combatientes—con excepción de un soldado llamado *Berrio*—salió tan mal parado, que el que menos tenía dos ó tres heridas. El animoso Hernández de Córdova sacó doce.

Reducidos los castellanos á una escasa mitad de su número, acordaron volver á Cuba para dar cuenta de una expedición que ya no podían continuar. Quemaron una de sus naves, porque ya no la necesitaban y porque carecían de marineros que la gobernasen. No pudiendo encontrar agua en la costa de Yucatán, pasaron á la Florida, donde tuvieron un encuentro con los indios y donde *Berrio*, que cometió la imprudencia de internarse en un bosque, desapareció para siempre. Llegaron por fin los expedicionarios á la Habana, donde murieron cuatro de sus heridas. Córdova murió también de las suyas en su encomienda.

La fama del descubrimiento de Yucatán se extendió inmediatamente por toda la isla. Los aventureros que habían sobrevivido á la expedición, contaban cosas maravillosas de este país. Ponderaban el número de indios que lo poblaban, sus armas, su valor, sus trajes de algodón, las casas de mampostería que construían y el esmero con que cultivaban la tierra. Aseguraban también que había mucho oro, á pesar de la pobreza de las muestras que habían traído. Interrogados los prisioneros Julián y Melchor sobre este último punto, respondieron que existía en abundancia.

Por este tiempo comenzó á darse el nombre de *Yucatán* á la tierra nuevamente descubierta, sin que se sepa fijamente quién fué el primero que arrojó al público esta palabra ni la circunstancia á que deba su origen. Cuando Bernal Díaz del Castillo, uno de los expedicionarios, fué á visitar al gobernador de Cuba, éste le preguntó que si ya había sanado de sus heridas para volver á Yucatán. Sorprendido el soldado de que se diese á la Península un nombre que él mismo no conocía, preguntó riendo quién se lo

había dado.—Julián y Melchor, respondió Diego Velázquez (12). Pero la verdad es que los pobres prisioneros de Cabo Catoche no pudieron ser los inventores de esta denominación, porque los detalles con que se refiere el hecho lo hacen inverosímil. Dícese que unos indios cubanos que preparaban un terreno para sembrar *yuca*, preguntaron á los dos mayas si aquel fruto se producía en su país; y que habiendo contestado éstos afirmativamente, añadiendo que aquí se daba el nombre de *tale* á la tierra en que se cultivaba, de las dos palabras subrayadas se formó el nombre de Yucatán (13). Nuestros lectores, que saben sin duda que no hay tierra en la Península á que se dé el nombre de *tale*, y que la *yuca* se dice en lengua maya *yim*, comprenderán perfectamente que esta versión carece de fundamento.

Dícese también que cuando Francisco Hernández de Córdova preguntó á los primeros yucatecos con quienes habló cuál era el nombre de su país, éstos respondieron: *Tectetan, cubi athan*, ó *Matan cavyi athan*, palabras que, según Cogolludo, significan «no entiendo tus palabras». Añádese que los españoles, que entendieron mal la respuesta y la oyeron peor, creyeron que se les había dicho el nombre de la tierra, y desde entonces la llamaron *Yucatán* (14). El lector yucateco sabe perfectamente que la frase «no entiendo tus palabras» se traduce en lengua maya por esta: *ma tin naatic á than*. Pero puesto que de suposiciones se trata, también podría creerse que los indios, al oír en boca de Córdova un lenguaje tan extraño para ellos, se hubiesen dicho los unos á los otros *uy u than* (oye ese lenguaje), frase cuyo sonido se aproxima más al de Yucatán que cualquiera otra de las ya mencionadas. Todas estas versiones

(12) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, obra citada, capítulo VII.

(13) IDEM, capítulo VI.

(14) COGOLLUDO, *Historia de Yucatán*, libro II, capítulo I.

son verosímiles; pero ninguna de ellas está suficientemente apoyada en la Historia.

Se ha pretendido, por último, que de la contracción de *Yucalpetén*, antiguo nombre de la Península, se formó el que tiene en la actualidad (15). Pero esta opinión tiene en contra el testimonio de Cogolludo, quien asegura que antiguamente no se designaba á este país con un nombre genérico (16), y el de Bernal Díaz del Castillo, al cual causó risa la palabra Yucatán, porque, según asegura, en el idioma de los indios no se llamaba así (17).

(15) Véase el capítulo III, libro I, de esta historia.

(16) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(17) Lugares citados.

CAPÍTULO IV

1518-1519

Nuevas expediciones al continente septentrional.—Juan de Grijalva.—Batalla de Champotón.—Hernán Cortés.—Su residencia en Cozumel.—Disposiciones que toma para rescatar á los españoles cautivos en la Península.—Llegada de Aguilar al campamento.

Las noticias que circulaban en Cuba sobre la península de Yucatán, impresionaron de tal manera al gobernador Diego Velázquez, que inmediatamente dió cuenta al Consejo de Indias, atribuyéndose toda la gloria del descubrimiento (1). Entretanto, comenzó á hacer los preparativos de una segunda expedición, para la cual compró dos navíos, que se unieron á otros dos que habían vuelto de la primera. Alistáronse para tomar parte en la empresa doscientos cuarenta aventureros, entre los cuales figuraban todos los que habían vuelto con vida del viaje anterior.

Hallábanse por aquel tiempo en Cuba cuatro hombres destinados á hacerse célebres en la historia de los descubrimientos y conquistas de América, y que por entonces no eran más que unos simples encomenderos. Llamábanse Juan de Grijalva, Pedro de Alvarado, Francisco Montejo y Alonso de Avila. El primero, joven de veintiocho años y

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo VII.